

*Myrtia* n° 18, 2003, pp. 261-273

## LA PERVIVENCIA DE LA FÁBULA GRECO-LATINA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

GERT-JAN VAN DIJK  
Universidad Libre de Amsterdam

**Summary:** In this paper the author analyzes the survival of the fable in Spanish and Southamerican Literature.

Pretendo en este trabajo mostrar cómo, a lo largo del tiempo, un género pequeño, la fábula, logró conquistar un terreno muy vasto, el mundo hispanohablante<sup>1</sup>.

Antes de empezar, es preciso delimitar claramente el campo de nuestro estudio, porque la palabra “fábula” es polisémica. Lo era también en latín. Las palabras latinas – *fabula*, el diminutivo *fabella* (en español “fabulilla”) y *apologus* (un préstamo griego, de donde deriva nuestro “apólogo”) – pueden indicar también otros tipos de relato o de discurso. Lo mismo vale para los términos griegos αἶνος, λόγος y μῦθος (de donde trae su origen el “mito” castellano). Éste no es el lugar para discutir detalladamente la terminología clásica (ni la moderna), pero sí podría decir que en griego hay un orden cronológico. Por eso el título de mi tesis (leída hace cuatro años en la Universidad de Nimega) es αἶνος,

---

<sup>1</sup> Esta publicación es una versión revisada y reelaborada de una conferencia leída en las Universidades de Nimega, Países Bajos (véase Van Esch, C. – Steenmeijer, M. (eds.), *Symposium Spaans in Onderwijs, Onderzoek en Bedrijfsleven* 12, 2001, pp. 41-50), y Murcia, España, el 31 de marzo y el 28 de mayo de 2001, respectivamente. Les agradezco muchísimo a mis antiguos (pero jóvenes) Profesores Kees van Esch y Maarten Steenmeijer, que con entusiasmo e inspiración dirigieron mis primeros pasos lingüísticos y literarios hacia la península ibérica. No quisiera olvidar la enseñanza sólida de los rudimentos de la gramática y de la conversación que me han impartido los Profesores Merkelbach y Le Pair, respectivamente. Además, quiero expresar mi gratitud a los profesores J. García López y A. Morales Ortiz del Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Murcia por su amable invitación. Por último, mi agradecimiento a Susana Mimblera Olarte (Madrid) por haber corregido mi castellano.

λόγος, αἴτιος<sup>2</sup>, porque se refiere a las fábulas de las tres épocas de la literatura griega que estudio: la arcaica, clásica y helenística, respectivamente.

El *Diccionario de la lengua española*<sup>3</sup> distingue varios usos semánticos de la palabra “fábula”, de los que *no les voy a hablar*. Primero, el rumor. No me gusta (francamente, lo odio). Segundo, la ficción. Es un concepto demasiado amplio. *El hombre y el loro*, una *Fábula para mayores* escrita por Felipe Ximénez Sandoval<sup>4</sup>, por ejemplo, no es una fábula del tipo que tengo pensada, sino una novela de más de 250 páginas. Tercero, la serie de los incidentes de que se compone la acción de una obra dramática; es el μῦθος de la *Poética* de Aristóteles. Cuarto, la mitología, como en la fábula de Psiquis y Cupido. Muy interesante, cierto, pero para otra ocasión.

Pero, tal vez se pregunten, si no va a hablar de estas fábulas, ¿de qué tipo de fábulas sí va a tratar? Bueno, por decirlo muy brevemente, de las de Esopo.

Aquí, sin embargo, tenemos otro problema. Hay solo un Esopo, pero su mera existencia es muy insegura. Heródoto nos cuenta que nació esclavo en la isla de Samos y murió de manera injusta en el continente, en Delfos – no sin haber compuesto muchas, pues bien, fábulas – en el siglo VI antes de Cristo. Aunque nuestra fuente informativa tiene fama de ser el padre de la historiografía, es prudente considerar a Esopo como fabulista legendario. La famosa *Vida de Esopo* es una biografía novelada, o si se prefiere novela biográfica, pero no un relato de hechos sobre el llamado protofabulista, un anti-héroe, esclavo de nacimiento pero maestro de la razón, feo físicamente pero de una belleza mental poco común. Esta obra muy curiosa se divulgó por toda Europa en cuanto se inventó la imprenta, a través de una serie de traducciones. El texto original griego se tradujo al latín, el latín al alemán, el alemán al francés, y éste, a su vez, a otras varias lenguas, entre ellas el neerlandés y, también, el castellano, que se publicó por primera vez en Zaragoza 1489<sup>5</sup>.

Lo importante es que el nombre de Esopo –existiera o no– figura como etiqueta terminológica. El género se define justamente por su atribución al fabulista legendario. Las colecciones más antiguas que tenemos (incompletas por lo demás), escritas por Fedro y Babrio en versos yámbicos latinos y griegos,

<sup>2</sup> *Fables in Archaic, Classical, and Hellenistic Greek Literature. With a Study of the Theory and Terminology of the Genre*, Leiden/New York/Köln: Brill 1997 (tesis Universidad Católica de Nimega).

<sup>3</sup> Madrid: Real Academia Española 1992, vigésima primera edición, *sub voce*.

<sup>4</sup> Barcelona: Juventud 1951.

<sup>5</sup> Por Johan Hurus (es el *Ysopete ystoriado*); hubo varias reediciones en el siglo siguiente (Valencia: Joffre 1520, Sevilla: Cronberger 1521, Amberes: Steels 1541, Toledo: Juan de Ayala 1553, Madrid: Sanchez 1575); se reprodujo en facsímile en Madrid: Real Academia Española 1929, con un prólogo de Emilio Cotarelo y Mori.

respectivamente, en los primeros dos siglos de la era cristiana, pretenden contener “fábulas esópicas”. Aviano, que escribió una pequeña colección de 42 fábulas en dísticos elegíacos dos siglos más tarde, nos informa en su prólogo de que Esopo fue su modelo. Además, tenemos cientos de fábulas griegas en prosa, el llamado “Esopo” sin más. Pero, por favor, no tomen literalmente esta denominación metonímica; indica el género, no el autor – se llevan al menos seis siglos.

Bueno, pero ¿qué es una fábula esópica? No es nada fácil llegar a una definición adecuada de la misma. Muchas veces se dice que es una historia de animales y que tiene una moraleja. Pero no es así. Si investigamos el contenido de las colecciones de fábulas, se ve inmediatamente que no sólo contienen cuentos de animales y otros seres irracionales como plantas y objetos, sino también historias en las cuales aparecen hombres y dioses. Hay gente que opina que aquellas no son fábulas sino anécdotas y mitos, respectivamente. Sin embargo, esa posición puede implicar tomar medidas draconianas, reducir la colección a la mitad (al menos). Mejor, digo yo, respetar la unidad que ha creado el propio autor e intentar descubrir rasgos comunes a la mayoría de los items (lo que sean) incluidos en la colección – y los hay, ¡claro que sí!

Demos un ejemplo del primer libro de *Fábulas* de Jean de La Fontaine, publicado en 1695, traducido al español un siglo después (en 1787) y siempre leído mucho en los colegios<sup>6</sup> (aunque originariamente dirigido a la corte real). Es el relato del hombre viejo que ya no quería vivir más y llamó a la muerte; cuando vino ésta le dijo él que le ayudara con el haz de leña que tenía que llevar. Esta fábula, que ilustra nuestro impulso vital, la consideró el fabulista francés tan típica del género, que incluyó dos versiones de ella en su colección, junto a fábulas clásicas – prototípicas para muchos – como la zorra y el cuervo, el lobo y el cordero y la cigarra y la hormiga. Los personajes no importan, efectivamente.

No importa mucho tampoco la función. Con las fábulas se puede moralizar, cierto – aunque es menos cierto de lo que se piensa, porque a veces parecen inmorales, véase o léase qué le dijo la hormiga a la cigarra egoísta y sarcásticamente; más bien, son amorales, muestran cómo es la vida, no cómo debiera ser, como escribe Ramón Pérez de Ayala en una columna del *ABC* del 18 de octubre de 1956.<sup>7</sup> En este respecto me parece significativo que las fábulas de La Fontaine que se leían en los colegios habían sido “convenientemente expurgadas” previamente<sup>8</sup>. Pero bueno, morales, inmorales o amorales, las fábulas pueden muchísimo más, como criticar, disuadir a alguien, ilustrar,

<sup>6</sup> Prieto de Paula en su edición de las fábulas de Iriarte, p. 66.

<sup>7</sup> “Moral de las fábulas”, en: *Fábulas y ciudades*, Barcelona: Orbis/Destino 1985, p. 29.

<sup>8</sup> Prieto de Paula, *l.c.*

explicar algo, etcétera. Es un género flexible y multifuncional; ésta, precisamente, es su gran fuerza, la razón de su vitalidad.

Lo que sí importa —más positivamente, y esto es lo que la gran mayoría de los elementos unidos en las colecciones de fábulas tienen en común— son tres rasgos: el carácter narrativo, ficticio y metafórico. En estos dos últimos respectos las fábulas difieren de las anécdotas y los mitos. Las anécdotas puedes inventarlas y los mitos parecen ser fantásticos también, pero lo que es relevante es que se *presentan* como si realmente ocurrieran, mientras que la ficcionalidad de las fábulas es evidente. Además, los anécdotas y los mitos se toman literalmente. Las fábulas, sin embargo, no dicen lo que cuentan. La fábula de la cigarra y la hormiga, a la que aludí antes, no trata de dos insectos, sino de la prudencia, o del egoísmo, depende de hacia quién va la simpatía o del autor o del lector.

Ahora que hemos determinado qué es una fábula esópica —una narración ficticia y metafórica— podemos terminar esta pequeña exposición teórica y continuar con nuestro asunto, que es la pervivencia de la fábula greco-latina en la literatura española e hispanoamericana.

Claro estará que me detendré en las fábulas en España e Hispanoamérica. Pero dos palabras del título de este trabajo implican que excluyo cuatro tradiciones de fábulas.

En primer lugar, estudio la pervivencia de la fábula *greco-latina*, es decir que en principio no me ocupo de otras tradiciones de fábulas en países hispanohablantes, como, notablemente, la fábula india por un lado y tradiciones indígenas por otro. La *Pañcatantra*, o más bien: una traducción árabe de otra persa de la obra sánscrita original de alrededor de 300 antes de Cristo, se tradujo en castellano a mediados del siglo XIII bajo el título *Calila e Dimna*.<sup>9</sup> Representa un corriente muy importante en la historia de la fábula en general<sup>10</sup> y en la península ibérica en particular. Sin embargo, no me ocupo de ella, ni de otra obra de origen oriental y difusión amplísima por todo el mundo, que fue traducida al

<sup>9</sup> Ed. Juan Manuel Cacho Blecua y María Jesús Lacarra, Madrid: Castalia 1984.

<sup>10</sup> Sánscrito - persa (siglo VI, perdida) - árabe (Ibn al-Muqaffa, *Kalila wa Dimna*, 750)-, español (1251; ed. Cacho Blecua, J.M.-Jesús Lacarra, M., Madrid: Castalia 1984), hebreo (siglo XII) - latino (Juan de Capua, *Directorium vitae humanae*, siglo XIII, ed. Geissler, F., Berlin: Akademie-Verlag 1960) - Czech, italiano (- English, 1570), alemán (Von Pförr, A., *Das Buch der Beispiele der alten Weisen*, fines del siglo XV) - neerlandés (1623; véase Van Daalen, L.A., "De leer van het *Pañcatantra*", en: Idema *et al.*, o.c., 169), danés, Icelandic; en total más de 60 lenguas (Ruben, W., *Das Pañcatantra und seine Morallehre*, Berlin: Akademie-Verlag 1959, 5; cf. Pawate, C.I., *The Panchatantra and Aesop's Fables*, tesis Delhi 1986, pp. 45-47).

castellano también casi simultáneamente (en 1253), el *Sendebar* o *Libro de los engaños*<sup>11</sup>.

Solamente quisiera destacar aquí que es sumamente interesante (pero insuficientemente estudiado) el momento en que se unen estos dos grandes corrientes de la fábula – la grecolatina y la india. Es lógico que ocurriera en España, durante siglos el único punto de contacto entre Oriente y Occidente en la Edad Media. No nos sorprende, pues, – pero sí nos fascina – encontrar algunas fábulas clásicas, entre ellas la “De lo que contesçió a un raposo con un cuervo que tenía un pedaço de queso en el pico”, en el *Libro de los enxiemplos del Conde Lucanor e de Patronio* de Don Juan Manuel, fechado en 1335, en el cual la influencia árabe es incuestionable<sup>12</sup>. Pero bueno, de la fábula oriental hoy no voy a hablar.

Tampoco discuto otras tradiciones de fábulas, como los famosos cuentos de *Tío tigre y tío conejo*<sup>13</sup> que se cuentan en Venezuela o las *Fábulas del Caribe*<sup>14</sup>. Las fábulas venezolanas son indígenas (y muy divertidas), mientras que las caribeñas – entre otras etiológicas – se las trajeron los esclavos en su viaje transatlántico e involuntario del Viejo al Nuevo Mundo.

En segundo lugar, pretendo estudiar la pervivencia *literaria*, es decir que excluyo no solo fábulas en otros medios que la literatura sino también las de la tradición oral. Pinturas de fábulas o fabulistas las hay varias en la capital de España, desde el museo del Prado, donde se exponen varios cuadros de Esopo, entre otros de Velázquez<sup>15</sup>, hasta los coches del metro, donde hace unos años al menos una ilustración de una fábula de Iriarte intentaba instigar a la gente de leer, como notaba (con alegría, por supuesto) el presente conferenciante cada día cuando iba y venía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en la calle del Duque de Medinaceli (para estudiar la historia de la fábula, claro, en cooperación con Francisco Rodríguez Adrados, profesor emérito pero investigador infatigable).

<sup>11</sup> Ed. María Jesús Lacarra, Madrid: Cátedra 1995 (segunda ed.).

<sup>12</sup> Ed. Sotelo, A.I., Madrid: Cátedra 1993 (decimosexta ed.), 100-103; Menéndez Pidal, “Nota sobre una fábula de don Juan Manuel y de Juan Ruiz”, en: *Poesía árabe y poesía europea*, Madrid: Austral 1963 (quinta ed.), 150-157; Prieto de la Yglesia, M.R., “Rasgos autobiográficos en el *Exemplo V* de *El Conde Lucanor*, y estudio particular del apólogo”, *RABM* 77, 1974, 627-663. Cf. Sotelo, o.c., pp. 54 (sobre la influencia árabe), 104-106 “Exemplo VI De lo que contesçió a la golondrina con las otras aves quando vio sembrar el lino”; Cirot, G., “L’Hirondelle et les petits oiseaux dans *El Conde Lucanor*”, *Bulletin Hispanique* 33, 1931, pp. 140-143.

<sup>13</sup> Antonio Arráiz (1903-1962), 1946, ed. Caracas: Monte Avila 1975.

<sup>14</sup> Alga Marina Elizagaray (ilustraciones de Patricio Gómez), México: Nogales 1988.

<sup>15</sup> Snell, B. “Äsop und Menipp als Hofnarren”, *Illinois Classical Studies* 6.2, 1981, p. 317.

Tampoco me detendré ahora en la tradición oral y folclórica. Es un mundo en sí, pero no literatura en sentido restringido, para el que prefiero remitirles al reciente *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos de animales*, que contiene muchas versiones orales de fábulas antiguas procedentes de todas las regiones y todos los países del ámbito hispánico, clasificadas según el sistema de Aarne-Thompson<sup>16</sup>.

La pervivencia de la fábula greco-latina en la literatura española e hispanoamericana, pues. La pregunta que me planteo – una modesta contribución a la historia de la recepción de la literatura clásica – es: ¿En qué tiempos, países, lenguas, géneros y formas pervive la fábula antigua? Se podría decir simplemente: “En muchos y muchas”, pero esta respuesta demasiado lacónica necesita una explicación más pormenorizada, que daremos enseguida.

Ya hemos visto que la *editio princeps* de la *Vida de Esopo* se publicó en Zaragoza en el año 1489. Además de la *Vida* contiene también una colección de fábulas que se adscriben al fabulista legendario. Pero ya antes las fábulas antiguas habían llegado al territorio español, como es evidente en el *Libro de buen amor* de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, terminado en el año 1343, que contiene unas veinticinco fábulas esópicas<sup>17</sup>. Después ya no han desaparecido de la literatura castellana. Se escribieron en los Siglos de Oro (XVI y XVII) y aún se escriben hoy en día, como demuestran las muy recientes *Fábulas de ahora* de Magdalena Lasala<sup>18</sup>; la edad de oro de la fábula, sin embargo, son los siglos XVIII y XIX.

Fábulas las hay sobre todo en la península ibérica, pero – a partir de principios del siglo XIX – también en hispanoamérica, tanto en el Caribe como en América Central y del Sur. Encontramos fábulas en las obras de escritores de Cuba – Manuel de Zequeira y Arango<sup>19</sup> –, de Colombia – Ricardo Carrasquilla<sup>20</sup> y Rafael Pombo<sup>21</sup> –, y de Venezuela – Bello, fundador y rector de la universidad de Santiago de Chile<sup>22</sup> –, mientras que también hay fabulistas mexicanos – José Joaquín Fernández de Lizardi<sup>23</sup> y José Rosas Moreno<sup>24</sup> – y guatemaltecos –

<sup>16</sup> Julio Camarena Laucirica y Maxime Chevalier, Madrid: Gredos 1997.

<sup>17</sup> Ed. Gybbon-Monypenny, G.B., Madrid: Castalia 1988; cf. Cotarelo y Mori, *l.c.*, p. XI, n. 1.

<sup>18</sup> Barcelona: Emecé 2000.

<sup>19</sup> La Habana 1760-1846.

<sup>20</sup> Quibdó 1827 – Bogotá 1886, “El mono y el gato”, *ibid.* pp. 486-487.

<sup>21</sup> Buga 1833-1912.

<sup>22</sup> Caracas 1781 – Santiago de Chile 1865, selección en: Mendez, V. – Sánchez, L. – Inglada, E., *La fábula a través del tiempo*, Barcelona: Sopena 1978, pp. 455-465.

<sup>23</sup> 1776-1827, *Fábulas del Pensador Mexicano* (1817).

<sup>24</sup> 1838 (San Juan de los Lagos) – 1883.

Augusto Monterroso, del que volveremos a hablar<sup>25</sup>. Pero como digo, la mayoría de las fábulas viene de España misma, donde se publicaron casi simultáneamente dos famosas colecciones de fábulas en el siglo XVIII – por Félix María de Samaniego<sup>26</sup> y Tomás de Iriarte<sup>27</sup> – y algunas menos conocidas en el siglo siguiente – de, por ejemplo, Ramón de Campoamor y Campoosorio<sup>28</sup> y de Fernando Badía<sup>29</sup>.

Están en todas las lenguas que se hablan en la península ibérica, predominantemente en castellano (prescindiendo del portugués), sin que falten el catalán, el gallego y el vasco. Conocemos varias colecciones de *Fables de Ysop*<sup>30</sup>, ya desde el siglo XVII, algunas de *Fábulas galegas*<sup>31</sup> bastante recientes y una (impronunciable) *Ipui onac ceintzuetan arquiteuco ditusten euscaldum nezezari ta gazte guciac eracaste* de hace dos siglos.<sup>32</sup>

Se encuentran en contextos literarios muy distintos, dentro y fuera de las colecciones. Aparte de las ya mencionadas tenemos colecciones de fábulas de, entre muchos otros, Concepción Arenal de Carrasco<sup>33</sup> y de Juan Eugenio Hartzenbusch<sup>34</sup>. Además, hay muchas fábulas insertas en otros géneros literarios, tanto en prosa como en poesía. Encontramos fábulas-ejemplo en libros tan importantes pero muy dispares como *De la mujer cristiana* de Juan Luis Vives<sup>35</sup> y

<sup>25</sup> 1921 (en Guatemala) -, *La oveja negra y demás fábulas* (1969)

<sup>26</sup> 1745-1801 (La Guardia), *Fábulas*, Valencia: Monfort 1781 – Madrid: Ibarra 1784, ed. Ernesto Jareno, Madrid: Castalia 1969<sup>3</sup>, muchas ediciones, para las cuales véase la lista en Cotarelo y Mori, *l.c.*, pp. XXXIXsqq.

<sup>27</sup> 1750 (Santa Cruz de Tenerife) – 1791 (Madrid)), *Fábulas literarias*, Barcelona 1782, ed. Ángel Prieto de Paula, Madrid: Catedra 1992; ediciones en Cotarelo y Mori, *l.c.*, pp. XXVI sqq.

<sup>28</sup> Navia (Asturias) 1817 – Madrid 1901, *Fábulas*, 1842; selección *ibid.* pp. 405-435

<sup>29</sup> *Fábulas. Carta prólogo de Marín, F.R.*, Sevilla: La Andalucía Moderna 1899 (falta en Cotarelo y Mori, *l.c.*).

<sup>30</sup> Barcelona: Margarit 1612; Barcelona: Mathevad 1642; Barcelona: Iolis 1683; Barcelona: Lacavallería 1682; Barcelona: Sierra 1820 ¿?, seg. ed.: Piferrer 1821; Gregori Matas y de Bodallés; Gerona 1842; Joseph Alcoverro y Carós, Barcelona 1901-1904..

<sup>31</sup> Xosé Ma. García Rodríguez, Santiago de Compostela: Sotelo Blanco, s.a.; José Rubinos, La Habana 1960 (bilingüe: texto gallego y versión castellana).

<sup>32</sup> Moguel, V. y J.A. Donostian: Undiano 1804.

<sup>33</sup> *Fábulas en verso originales* (1851, 1854<sup>2</sup>), ed. María Cruz García de Enterría, M.C., Madrid: Castalia 1994.

<sup>34</sup> *Fábulas*, ed. Ricardo Navas Ruiz, Madrid: Espasa-Calpe 1973.

<sup>35</sup> 1492-1540, 2.11 “El niño ladrón y su madre”; Martín García, F., *Antología de fábulas esópicas en los autores castellanos (hasta el siglo XVIII)*, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha 1996, p. 106.

el *Don Quijote* de Miguel de Cervantes<sup>36</sup>, mientras que Lope de Vega<sup>37</sup> alude en tres piezas diferentes – en *La hermosa aborrecida*, *El juez en su casa* y *El príncipe despeñado* – a la misma fábula de “El lobo y el cordero”, y Tirso de Molina cuenta fábulas en seis obras teatrales<sup>38</sup>. También aparecen en la novela moderna, como repetidamente en *La casa de los espíritus* de Isabel Allende y en forma de una alusión muy breve en *La ciudad de los milagros* de Eduardo Mendoza. Sí que tenemos una muy útil *Antología de fábulas esópicas en los autores castellanos*<sup>39</sup>, aunque no vaya más lejos del siglo XVII, pero un inventario completo, por no decir un estudio funcional, de estos interesantes materiales intertextuales sigue siendo un desiderátum.

Las fábulas en la literatura española e hispanoamericana de origen grecolatino vienen sobre todo, pero no exclusivamente, de las colecciones antiguas que hemos mencionado antes. A veces, las fuentes son fábulas aplicadas en otros géneros literarios. Quevedo, por ejemplo, en *La rebelión de Barcelona* se refiere explícitamente a la versión prosaica del “apólogo del caballo”<sup>40</sup> de la *Retórica* de Aristóteles, mientras que Bartolomé Leonardo de Argensola en sus *Rimas* alude indudablemente a la elegante versión de la fábula de “El ratón de campo y el de ciudad” con la cual el poeta latino Horacio concluye una de sus *Sátiras*<sup>41</sup>. Más veces, sin embargo, determinar las fuentes exactas de tal o cual versión es un trabajo filológico minucioso, porque la historia de la recepción de la fábula clásica es un asunto muy complicado, un árbol ramificándose infinitamente. Punto de partida e inspiración para las fábulas de Samaniego, por ejemplo, a las que ya aludimos antes, fueron no solamente el Esopo griego y el Pedro latino sino también las colecciones del inglés Gay<sup>42</sup> y del francés La

<sup>36</sup> 1547-1616: 1.21 “El castor”, 2.42 “La rana que se hinchó”, 2.51 “Las ranas que pedían rey”; Martín García, *o.c.*, p. 111.

<sup>37</sup> 1562-1635. También hay fábulas en *El caballero de Illescas*, *Con su pan se lo coma*, *Los hidalgos del Aldea*, *El desconfiado*, *Los embustes de Fabia*, *La Felisarda*, *La esclava de se hijo*, *El abanillo*, *Romancero espiritual*, *El príncipe perfecto*, *El castigo sin verganza* y *El ejemplo de casadas*, *El guante de Doña Blanca*, *Los Tellos de Meneses*, *El perro del hortelano*, *Santiago el verde*, *Quién más no puede*, *Mudanza de fortuna y sucesos de D. Beltrán de Aragón*, *El hombre por su palabra*; véase Martín García, *o.c.*, pp. 64-81.

<sup>38</sup> 1571 (?) – 1648, *Adversa fortuna de D. Alvaro de Luna* II.IV; *Al árbol del mejor fruto*, I.VIII; *Próspera fortuna de D. Alvaro de Luna y adversa de Ruy López Dávalos* III.VIII, II.III, *La elección por la virtud* III.II, *El vergonzoso en palacio* II.XVI, *El pretendiente al revés* I.XII; véase Martín García, *o.c.*, pp. 83-87.

<sup>39</sup> Véase arriba, n. 36.

<sup>40</sup> 1580-1645. En Martín García, *o.c.*, p. 113. Aristóteles, *Retórica* 2.20.

<sup>41</sup> 1562-1631. En Martín García, *o.c.*, p. 92. Horacio, *Sátiras* 2.6.79-117.

<sup>42</sup> I-II, Londres 1727-1738.



Fontaine, que a su vez se remonta – pero no en línea recta, todo al contrario – a modelos clásicos (e indios, por lo demás)<sup>43</sup>. En suma, todo eso exigiría demasiado tiempo para que se pudiese discutir en este lugar.

En lugar de ello, prefiero discutir cinco formas diferentes en que la fábula grecolatina está presente en la literatura española e hispanoamericana, a saber en (1) traducciones, (2) paráfrasis, (3) variaciones, (4) anti-fábulas y (5) fábulas nuevas.

En primer lugar, España vio muchas traducciones más o menos libres de colecciones de fábulas antiguas, sobre todo de las anónimas griegas y las latinas de Fedro. Es que no todos leen el griego y el latín. Yo como filólogo no lo entiendo, pero así es la vida. Las traducciones se utilizaron sobre todo en la enseñanza, especialmente para enseñar la lengua; sólo secundariamente con funciones moralizatas. Una traducción latina de treinta y tres fábulas griegas por el humanista Lorenzo Valla llevada a cabo en 1438 e imprimida unos cuarenta años después<sup>44</sup>, “sirvió de texto de traducción y lectura a los estudiantes de humanidades” durante siglos<sup>45</sup>. La misma función la desempeñaron los textos originales: una de las primeras ediciones de Fedro imprimidas en España (Madrid 1781) se presenta explícitamente “para el uso de los principiantes en las Escuelas de gramática”<sup>46</sup>. Y ya era así en la antigüedad, como nos muestra un papiro con fábulas bilingües (greco-latinas) de Babrio<sup>47</sup>. Al castellano Babrio<sup>48</sup> se tradujo sólo hace muy poco; es que fue redescubierto sólo en el siglo XIX<sup>49</sup>. A veces se forman cadenas de traducciones, cuya importancia para la difusión de la fábula por el mundo es grande. En el siglo XVI, por ejemplo, una versión española de una traducción latina de un original griego fue traducida a su vez al Nahuatl, la lengua indígena de México. Me alegro francamente, por lo demás, de que se tradujera hace poco al alemán e inglés a su vez (y, de nuevo, al español)<sup>50</sup>.

<sup>43</sup> Ed. Sotelo, p. 67 ss.

<sup>44</sup> Valencia: Lamberto Palmart 1480.

<sup>45</sup> Cotarelo y Mori, *l.c.*, p. X. Cf. *ib.* pp. XXXsq *Aesopi Phrygis et aliorum fabulae ... in gratiam studiosae juventutis illustratae*, Madrid: De Mena 1762; *ib.*: de Viana Razola 1830.

<sup>46</sup> Cotarelo y Mori, *l.c.*, p. XXXIV.

<sup>47</sup> *PAmherst* 2.26.

<sup>48</sup> Por J. López Facal en: Pedro Bádenas de la Peña, *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio. Introducciones, traducciones y notas*, Madrid: Gredos 1978, p. 303 ss..

<sup>49</sup> ed. Boissonade, Paris 1844.

<sup>50</sup> Kutscher, G.-Brotherston, G.-Vollmer, G. (eds.), *Aesop in Mexico. Die Fabeln des Aesop in aztekischer Sprache*, Berlin: Mann 1987; Leicht, H., "Fábulas de Esopo en mexicano. Texto, traducción literal al español, vocabulario y gramática", *Investigaciones Lingüísticas* 34.4, 1935, pp. 405-420.

Parafrasear fábulas ya era un ejercicio en las escuelas retóricas de la antigüedad. También hoy en día se hacen paráfrasis de fábulas antiguas, como la realizada por Antonio García Muñoz<sup>51</sup>. No es siempre fácil, sin embargo, distinguir una paráfrasis de una traducción, porque hay traducciones bastante libres (como sabe cualquier profesor). Es evidente que una paráfrasis de una fábula puede implicar un cambio notable de su forma. Hay prosificaciones de fábulas en versos y, al revés, una versión de una fábula en prosa en forma de soneto<sup>52</sup>. El cambio puede ser tan grande que el límite del género se transgrede. Así en las colecciones de refranes de Sebastián de Horozco y Gonzalo Correas<sup>53</sup> hay algunos proverbios derivados de fábulas, como “Las ranas pidieron rey” que viene de Fedro. Las fábulas pueden resumirse también gráficamente, como se ve literalmente en las colecciones de emblemistas como Juan de Borja y Sebastián de Covarrubias<sup>54</sup>. Al revés, cuando se elabora la fábula puede convertirse en una épica de animales. Los poemas largos, satíricos y muy populares sobre Reinardo el zorro escritos en francés, neerlandés, alemán e inglés son elaboraciones de la fábula antigua del león viejo y enfermo. A este género pertenecen *La gatomaquia* de Lope de Vega<sup>55</sup> y *La Mosquea* de José de Villaviciosa<sup>56</sup>, aunque no parezcan tener una fábula modelo concreta.

Cuando se traduce o parafrasea una fábula, a menudo se cambia algo en el proceso de adaptación al nuevo ambiente, cultura, religión, política etc. Los Aztecas, por ejemplo, reemplazaron a la zorra por un coyote, porque en México la primera es difícil de ver. Modificar fábulas ya fue uno de los ejercicios propuestos a los alumnos de las escuelas retóricas en la antigüedad. Sin embargo, no es siempre fácil distinguir claramente entre variación y traducción o paráfrasis, visto el gran número de originales perdidos. Fedro, por ejemplo, habla de una rana hinchándose para igualarse a un buey; en Babrio es un sapo<sup>57</sup>. Pero ¿quién es el auténtico anfibio? No sabemos.

Lo que sí sabemos es que hay varias variedades de variaciones. Un tipo típico es cambiar la naturaleza y/o el número del(os) protagonista(s). Baltasar Gracián, por ejemplo, reemplaza la madre cangrejo, que aconsejó a su hijo que

<sup>51</sup> Antonio García Muñoz, *25 Fábulas de Esopo. Ilustraciones de Alfonso*, Madrid: Editorial Cultura Clásica y moderna, p. 45.

<sup>52</sup> “El médico y el ciego”; Martín García, *o.c.*, p. 98.

<sup>53</sup> 1510-1547 y 1570/1-1631, respectivamente; también Juan de Mal Lara (1568); Martín García, *o.c.*, pp. 139-148.

<sup>54</sup> 1580 y 1539-1613, respectivamente; véase Martín García, *o.c.*, pp. 125-129, 133-138.

<sup>55</sup> Ed. Sabor de Cortazar, C., Madrid: Castalia 1982.

<sup>56</sup> Cuenca 1615.

<sup>57</sup> Fedro 1.24; Babrio 28.

anduviese en línea recta, por “La culebra y su hija”<sup>58</sup>. En el “apólogo del caballo”, al que ya aludimos antes, Quevedo habla de “otros animales”, pero Aristóteles conoce un solo ciervo. Otro tipo de variación es la adición o supresión de tal o cual motivo narrativo. Por ejemplo, en una colección gallega se modifica la fábula clásica de la zorra y la cigüeña que se sirvieron la comida de forma poco apropiada, la zorra a la cigüeña en un plato llano, la cigüeña a la zorra en un vaso de boca estrecha. Inesperadamente, el autor gallego añade a este relato una introducción en la que se enamoran la una de la otra.<sup>59</sup> Lo más típico es una especie de variación que quisiera llamar la “hispanización”, la adaptación de una fábula a la geografía, las costumbres, la cocina, economía etc. de España. Así en *El milagro de los celos* de Lope de Vega el perro esópico que ya es conocido desde los tiempos del filósofo griego Demócrito lleva un pedazo de carne por “otro río como el Duero”<sup>60</sup>.

Las implicaciones y consecuencias de las variantes de las fábulas pueden ser muy diferentes. No importa mucho si el cuervo está comiendo un trozo de queso (como en el original latino de Fedro) o de carne (como en las colecciones anónimas griegas), porque la zorra es omnívora. Pero sí importa que el fabulista alemán Gotthold Ephraim Lessing, traducido al castellano por Hertenbusch (XV), envenene la carne: significa la muerte del animal adulador<sup>61</sup>. Estas variantes y otras más se estudian en un librito muy bonito de Carlos García Gual, catedrático de la universidad Complutense de Madrid. Se subtitula *Diez versiones de una famosa fábula*<sup>62</sup>. Testimonian la gran fuerza del género de la fábula: su flexibilidad.

La variante de Lessing que acabamos de discutir es tan grande, que la fábula se invierte: triunfa el cuervo, no la zorra. Es una fábula al revés, una anti-fábula. Es la cuarta manera en que pervive la fábula antigua hoy en día. Es una forma paródica, con la cual fabulistas modernos pretenden mostrarnos que las condiciones de las fábulas antiguas no se dan más. Un ejemplo muy curioso y divertido me lo regaló uno de mis amigos<sup>63</sup> de la universidad de Málaga, donde participé en un pequeño seminario internacional sobre la fábula antigua. Son las *Fábulas cuasi morales escritas por animales y arregladas en verso cuasi*

<sup>58</sup> 1601-1658, *El Criticón* II, X (p. 120); cf. “El olmo y el arbolillo” de Lope de Vega (1562-1635), que es una variación de “El roble y la caña” (ambas en obras suyas, *El desconfiado* Acto II y *Los hidalgos del Aldea* Acto III, respectivamente) (pp. 65-66).

<sup>59</sup> Xosé Ma García Rodríguez, *Fábulas galegas*, Santiago de Compostela: Sotelo Blanco, s.a. (comprado en 1994), pp. 110-111.

<sup>60</sup> Jornada III, Martín García, *o.c.*, p. 78.

<sup>61</sup> Lessing, *Fabeln*, Berlín 1759 (ed. Rölleke, Stuttgart: Reclam 1967 (repr. 1987)), II 15.

<sup>62</sup> Madrid: Alianza 1995.

<sup>63</sup> Se lo agradezco a Francisco Martos Montiel.

*castellano* de Fernando Martín Redondo<sup>64</sup>, que se presentan -¡fijense!- como las versiones originales que plagió Samaniego (que a su vez, como ya sabemos ...). Así (p. 37) aprendemos que la fábula de “Los dos amigos y el oso” debería ser “Los dos haciendo el oso”.

Típica de la anti-fábula es una referencia cualquiera a la versión antigua. Un ejemplo brillante pero un poco pícaro es el del anti-fabulista Guatemalteco Augusto Monterroso. Dice que los que hablan de la fábula de la gallina de los huevos de oro, engañan a sus lectores o audiencia *ad usum delphini*. La verdad, según él, es que la fábula era en realidad del *gallo* de los huevos de oro. Entendrán que me alegro mucho de que pueda discutir esta fábula en español con un público hispanohablante y -entendiente. Mis compatriotas no ven la gracia de ella. Es que era un macho dotado, un Don Juan tan popular con las mujeres que acabó por morir de fatiga. Monterroso se refiere ingeniosamente a la fábula clásica, dando a su anti-fábula un título en latín: *gallus aureorum ovorum*.

El mismo procedimiento lo aplica otro escritor centroamericano, Juan José Arreola, con fantasía y autoironía, titulando el primer relato de su *Confabulario definitivo*<sup>65</sup> “Parturient montes” y dándole como lema “... *nascetur ridiculus mus*”. Es un hexámetro de Horacio que abrevia una fábula que conocemos de Fedro<sup>66</sup>. A continuación el autor mexicano nos cuenta que se pensaba equivocadamente que “sabía una nueva versión del parto de los montes”. No se le dejaba en paz y hasta le asaltaba una masa ansiosa e impaciente. No hubo remedio, pues, sino comenzar a narrar. Pero después del tópico “¡Las montañas están de parto!” no sabía cómo continuar. Estuvo “a punto de caer desmayado” y ya oyó “la sirena de la ambulancia”, cuando milagrosamente por su manga ... salió ¡un ratón real!. Resultó que pertenecía a una mujer del público que se proponía darselo a su gato como “pequeña sorpresa”. El carácter programático de este relato es evidente no sólo de su posición inicial en la colección y del origen de la cita – la *Ars Poetica* –, sino también porque el narrador eleva a su *dea ex machina* “a la categoría de musa”; reconoce, pues, la fábula (greco-)latina como la fuente de su inspiración.

Esopo tiene un papel importante también en el último tipo en que pervive la fábula antigua: las fábulas nuevas. A veces, el fabulista legendario cuenta una fábula nueva o figura en ella, como en la de “Esopo y el borrico” de Hartzenbusch (51). Este fenómeno no es nuevo: tanto Fedro como Babrio ya se jactaron de su originalidad, y los alumnos de las escuelas retóricas tuvieron que inventar fábulas a partir de un promitio propuesto por el maestro. En España había una

<sup>64</sup> (F.M. D’Ornedo), Madrid: De Bailly-Baillièrre, s.a..

<sup>65</sup> 1952; ed. Carmen de Mora, Madrid: Cátedra 1997, segunda edición, pp. 65-67.

<sup>66</sup> Horacio, *Ars Poetica* 139; Fedro 4.24.

“abundantísima producción fabulística” creativa en el siglo XIX.<sup>67</sup> Las fábulas, aunque sean nuevas, a veces está muy claro que sí se inspiraron directamente en la tradición greco-latina. Tomás de Iriarte comienza la colección de sus muy originales fábulas literarias con un tema fedriano: *Usus vetusto genere, sed rebus novis*, es decir: el género es antiguo, mis fábulas son nuevas. Y Samaniego se independizó poco a poco de la tradición esópica, como lo había hecho Fedro antes de él. Típico de las fábulas nuevas son los personajes nuevos. En las fábulas muy finas contenidas en *Aves y flores* de Antonia Díaz de Lamarque<sup>68</sup>, por ejemplo, flores como el magnolio y la dalia son los nuevos protagonistas. A veces los nuevos personajes son característicos del país de su autor, como el abanico y el Río Tajo de Iriarte (14, 74).

Pero ahora que hemos llegado a la tierra prometida conviene terminar con un breve fragmento del prólogo del fabulista arriba mencionado:

“Quién mis fábulas lea,  
sepa también que todas  
hablan a mil naciones,  
no sólo a la española ...”

A lo largo de este breve trabajo espero haber mostrado que la recepción de la fábula greco-latina a través de colecciones y ejemplos, en forma de textos originales, traducciones, paráfrasis, variantes, anti-fábulas y fábulas nuevas constituye un rico y amplio campo de investigación, en el que queda mucho por hacer.

---

<sup>67</sup> Navas Ruiz, p. X sq, n. 4

<sup>68</sup> *Aves y flores. Fábulas morales. Con un prólogo de José María Asensio y Toledo. Edición ilustrada por Francisco Blanch, Barcelona: Pons 1890, pp. 98-100, 114-117.*